

Ramón Vázquez Moleón

Recordando a Ramón Bescós

Estas líneas se pueden articular en varios tiempos. Primero, una introducción. Recibí una llamada de Aurora Herrera pidiendo que escribiera algo sobre Ramón Bescós Domínguez. Unos días antes hablé con Rafael Moneo que me comunicó su muerte, inesperada, en San Sebastián. Quedamos también en vernos para comentarlo; hay mucho que comentar. No ha sido así. Después de una serie de desatenciones, nominales y económicas, digamos, me había jurado a mí mismo no volver a escribir en *Arquitectura*. Pero la llamada de Aurora, tan buena amiga siempre, y el hecho de centrarse la situación en el tan entrañable Ramón Bescós me han hecho rectificar.

Afortunadamente la revista estrena consejo de redacción; espero que no sea tan post-analítico como el anterior, una de cuyas características, por lo menos conmigo, parece que residía en no pagar los trabajos y, posteriormente, omitir mi nombre. Me parece que ya es el momento de hablar con claridad. Y con esta misma claridad, curándome en salud, en recuerdo, entrañable de Ramón y agradecido por la deferencia de Aurora, les envío para lo que quieran, desinteresadamente, estas apresuradas notas, evidentemente no post-analíticas.

Ahora, lo que interesa es el recuerdo de Ramón Bescós. Rafael Moneo, otro gran amigo suyo, coautor con él, por lo menos, de dos obras espléndidas, solía decir que, habitualmente, en las necrológicas, el autor tiende constantemente a interponerse entre el personaje y los lectores. La verdad es que resulta, tantas veces, inevitable... Como en este caso.

A Ramón le conocí en la carrera; éramos coetáneos; estábamos en el Colegio Mayor de San Pablo... Rafael Moneo estaba con los jesuitas. Hubo también otras muchas cosas que no son del caso. Era medio de San Sebastián (la otra rama era oscense), sobrino del gran arquitecto exilado Martín Domínguez. A través de él conocí a su hijo y pudimos redactar en *Nueva Forma* el fascículo sobre Domínguez. A Ramón se le acostumbra a amonedar, en el

mejor de los casos, por sus colaboraciones con Moneo, en *Bankinter* y en las hermosas y silenciadas viviendas del paseo de La Habana. (Yo mismo pensaba ir a vivir allí, pero a mi mujer no le convencieron. La verdad es que no me lo perdonó nunca. Tenía una memoria de elefante.)

Pero hay más cosas. Históricamente, Ramón, con algunos de nosotros, Germán Castro, Moneo, significaba en el filo de los sesenta, el traspaso de la conciencia post-racionalista, CIAM, Team Ten, brutalismo, lo que se quiera, hacia la conciencia orgánica. Significativamente, tras su graduación, y su boda con Lola, su primera mujer, sería uno de los primeros que se fueron a América, en este caso a la Universidad de Cornell. Me envió algunas cosas; en algunas de ellas se vislumbraba el eco de Torres Blancas. Elaboró una tesis sobre el espacio griego, quizás centrado en la visión de Mortensen. Ibamos a publicarlo en *Nueva Forma* cuando cayó el telón. De su vuelta a España conozco menos, salvo lo de *Bankinter* y el paseo de La Habana. (Hicimos antes un viaje por los países escandinavos. Era obligado entonces. Ahora parece que lo es menos.)

Ramón era muy discreto, quizás demasiado. Creo que estuvo un tiempo en la Gerencia. De ahí arranca el encargo de *Bankinter*, un proyecto tan magnífico como verdaderamente endiablado para gestionarlo. Discutíamos bastante sobre él: el eco de los antepechos del Waldorf Astoria, las resonancias de Aldo Giurgola... Había muchos ecos americanos por allí, tan inteligentemente manejados por él y Rafael Moneo. Lo del paseo de La Habana, en cambio, era otra cosa. Ramón lo veía en clave escandinava; yo, en cambio, pensaba en alguna "palazina" romana.

Más tarde, arquitectónicamente por lo menos, le perdí de vista. Cuando nos veíamos, (hasta las siete de la madrugada muchas veces, para horror de todos los acompañantes) la verdad es que hablábamos de casi todo menos de arquitectura. Intenté hacer con él un par de cosas que no prosperaron. Me

queda ese dolor. Nos volvimos a ver más frecuentemente, con su segunda mujer, Mercedes, en otras interminables veladas... Tenía mucho oído y una colección fantástica de discos. Y hablábamos más de música que de arquitectura.

Tuve como alumno en la Escuela a uno de sus hijos mayores, que más tarde, supongo que por consejo de Rafael, se fue a Milán a trabajar con Gardella. Una de las últimas veces que hablé con él, me dijo que había traído (ese hijo suyo), una documentación inédita sobre Gardella, pensando en la eventualidad de su publicación. También hablamos de las elecciones, de salud y de música... Sobre lo de Gardella, le expuse mi indefensión y me brindé a hablar con Luis Fernández Galiano, de alguna forma, el crítico de moda en estos momentos. *El País*, *AV*, todo eso... Así lo hice pero, por lo que sé, la cosa nunca prosperó.

Es curiosa la divergencia. Al comienzo de los sesenta, Ramón tras muchas odiseas, se marcha a Cornell. Ahora, en los 90, su hijo se va a Milán con Ignazio Gardella (que, por cierto, debe de estar próximo al centenario). Había un cierto indiferentismo en Ramón, una voluntaria distancia, difícil de traspasar...

Muchas de estas observaciones, quizás aparenten un carácter mundano, demasiado mundano. La impresión está equivocada.

En el funeral celebrado en Madrid, mucho después del fallecimiento (12 de agosto), Mercedes nos decía que le sobrevino un ataque al corazón viendo jugar al tenis a sus hijos. Como un rayo. Antes había sufrido otro amago. En una persona aparentemente tan humorística, tan desenvuelta (jugaba al tenis muy bien; todavía recuerdo un memorable match con Antonio Vázquez de Castro, y Santiago Amón de árbitro), deportista, estos desenlaces, anunciados, implican una tremenda tensión oculta, aparentemente controlada, pero... Ahora, con todo terminado, vuelvo, obsesiva, la paráfrasis de Zevi sobre los versos de Villon: "Où sont les voiles d'antan?" ■

Juan Daniel Fullaondo